

# La fotografía periodística y la resistencia rural en México en los siglos XX y XXI

**GENOVEVA FLORES<sup>1</sup>**

*Tecnológico de Monterrey campus Estado de México*

## **RESUMEN**

La naturaleza de los discursos de Resistencia propician discursos ocultos frente a élites represivas que dominan desde el poder a grupos de subalternos, de este tipo es el discurso de resistencia de la población rural mexicana finisecular que ha enfrentado las políticas y acciones que ejerce el gobierno mexicano dentro del modelo neoliberal. Referencias emblemáticas de estos discursos de resistencia han sido el levantamiento indígena del EZLN en 1994, la protesta de los comuneros de San Salvador Atenco y los atentados del Ejército Popular Revolucionario (EPR), que tienen una línea de conducción con acontecimientos históricos como la Guerra de Castas o la Guerra Chichimeca, aunque a la moderna mirada occidental no queden completamente a la vista. Es necesario mirar estas realidades con nuevos ojos para encontrar lo que James Scott sugiere que son las dos posibilidades de penetrar en este discurso oculto: a) que los grupos se encuentren en una situación extrema donde esté en juego su sobrevivencia y decidan mostrar su protesta abiertamente o b) tener la posibilidad de introducirse sin modificar los lugares secretos de estos grupos donde el discurso oculto es abierto dada su naturaleza. Dentro de la primera posibilidad tenemos el fotoperiodismo que registra estas situaciones extremas: la toma del Palacio Municipal de San Cristóbal en 1994, las protestas en vías rápidas, aeropuerto y Cámara de Diputados que hicieron los campesinos de Atenco y las explosiones de los gasoductos de Pemex nos permiten analizar los signos que usan en este discurso oculto que queda parcialmente a la vista en un momento extremo.

## **ABSTRACT**

Still in the Mexico of the 21<sup>st</sup> Century the resistant discourses are hidden from a western perspective, especially when viewed through the concept of citizenship, because their roots go a long way back in history. The Zapatista rebellion, the Atenco protest against Mexico City's new airport and the attack on Pemex installations have a direct relationship with other historic conflicts between Mexican indigenous and mestizo peoples against westerners, for instance, the Castas and the Chichimeca wars. Nevertheless, another perspective is needed so as to find what James Scott suggests to be the two ways to penetrate this discourse. We are able to see their nonconformity only if: (a) The survival of this kind of groups is affected and they therefore

---

<sup>1</sup> Profesora investigadora del Tecnológico de Monterrey campus Estado de México, e – mail: gquinter@itesm.mx

decide to show their protest openly. The extreme situation they are living; as a result is placed in evidence, or; (b) We are able to access their secret place without modifying it so as to perceive the obscure discourse in its original enlightening context. In the particular context of the last 25 years in Mexico, neoliberal policies have affected rural populations and have generated this kind of protest due to the resulting extreme situations. Photojournalism recorded these interesting moments, so we can analyze it as a historical document, given that it shows us signs and part of the secret discourses of the resistance movement against neoliberalism.

**E**n el prólogo del *El reino de este mundo* el escritor cubano Alejo Carpentier afirmó que lo real maravilloso en América Latina:

[...] comienza a serlo de manera inequívoca cuando surge de una inesperada alteración de la realidad (el milagro), de una revelación privilegiada de la realidad, de una iluminación inhabitual o singularmente favorecedora de las inadvertidas riquezas de la realidad.<sup>2</sup>

Para empezar, afirmaba categórico, supone la fe, pero no aquella piadosa surgida del cristianismo europeo, sino una mucho más inquietante que brotó del crisol donde se fraguaron los cientos de piezas de la América Latina, hechas de un bronce ambiguo, combinación en distintas proporciones de los migrantes ibéricos: andaluces, vascos, catalanes, lusitanos; de los pueblos holísticos mesoamericanos y del variado mosaico de los pueblos del cono sur, así como de los esclavos venidos de las muchas regiones de África. Para decir milagro el escritor miraba, en las ruinas del Palacio del Sans Souci, la sombra de la rebelión de esclavos.

Entender los discursos de resistencia en América Latina presupone para muchos de nosotros y nosotras, educados en la cultura occidental -aún en países como México- la lectura de prácticas que no podemos clasificar bajo esquemas tradicionales de ciudadanía, porque vienen de un mundo que vive bajo una leve capa de modernidad, a la manera del asfalto de las carreteritas de penetración en áreas rurales, que a las primeras lluvias, dejan ver la naturaleza del suelo que cubrían. Sus cualidades están semi desveladas a nuestros ojos y resultan, como lo propone Carpentier, maravillosas.

Los discursos de indígenas y mestizos, que al final del siglo XX resistieron -y siguen haciéndolo- al neoliberalismo, tienen que leerse en una amplia línea de tiempo, que recorre la confrontación entre la cultura europea y las culturas originales, las pugnas del siglo XIX entre liberales y conservadores, y la inédita guerra de Castas en Yucatán, las revoluciones que forman lo que se ha llamado Revolución Mexicana, con su fuerte componente indígena y campesino; el manejo clientelista que hicieron los gobiernos del PRI de quienes habitaban el campo mexicano y, finalmente, desde la realidad de los campesinos empobrecidos del final del siglo XX.

---

<sup>2</sup> Alejo Carpentier, *El reino de este mundo*. Obras completas, tomo II, México, Ed. Siglo XXI, 1983, p. 15

La pugna indígenas *vs* mestizos y descendientes europeo - *caxlanes* (blancos y mestizos) dirían en los Altos de Chiapas- es especialmente conflictiva en México debido a la dualidad con la que funda su identidad nacional a partir del siglo XIX. Ésta resulta de una lucha entre liberales y conservadores – a semejanza del resto de América Latina, pero, de manera distintiva, acompañada de la reivindicación de la raíz indígena, emblemáticamente simbolizada en el escudo nacional mexicano, signo fundacional del pueblo mexicana, y asimismo representativo de la confrontación entre la luna y el sol.

Pareciera que el levantamiento zapatista de 1994, la rebelión exitosa de los comuneros de San Salvador Atenco, iniciada en 2001 en contra de un nuevo aeropuerto metropolitano en la zona del vaso de Texcoco, y los atentados a los gaseoductos de la paraestatal Petróleos Mexicanos de septiembre 2007, reivindicados por el Ejército Popular Revolucionario (EPR)<sup>3</sup>, tienen pocas líneas de conducción con la Guerra Chichimeca del siglo XVI en el centro de México (1547-1600) o la guerra de Castas en Yucatán, pero presentan repeticiones y analogías que son interesantes de destacar. Con todo sólo podríamos verlo si usamos un enfoque diferente, que nos ponga de relieve las prácticas de grupos subalternos, ciertamente difusas, que aparecen en crónicas, estudios, documentos oficiales, correspondencia, periódicos, revistas y en el discurso del fotoperiodismo, del que nos ocuparemos aquí.

## RESISTENCIA EN EL CAMPO MEXICANO

James C. Scott nos señala que los actos de resistencia toman cuerpo en un discurso oculto a las elites dominadoras, se dan sólo en lugares donde únicamente están reunidos los oprimidos, mientras que su vida pública, especialmente frente a los amos, capataces o autoridades, está llena de formas exageradas de servilismo, necesarias para la sobrevivencia. Hombres y mujeres de las capas más bajas de la sociedad, aprenden a reprimir su ira y ocultar su discurso y, asegura J. C. Scott:

[...] sólo cuando fracasan las medidas menos drásticas, cuando la subsistencia se encuentra amenazada o cuando hay signos de que puede atacar con relativa facilidad, el campesinado se atreve a seguir el camino del desafío abierto y colectivo.<sup>4</sup>

Podría pensarse que en una sociedad en la que hay un sistema electoral –imperfecto si se quiere – también hay vías para canalizar las inconformidades, para dialogar con el poder, para presionar por un cambio. Pero, fuera del periodo de los 20 a los 40 del siglo XX, las políticas agrarias han actuado en contra de la mayoría de la población rural sin diálogo real con ella, y más aún: el abandono en los últimos 30 años de las políticas públicas de fomento al campo, que ya de suyo eran débiles, han ocasionado un pro-

<sup>3</sup> Aquí es importante resaltar que el EPR que sale a la luz pública, mediática, tras la matanza del Vado de Aguas Blancas en Guerrero, ha tenido divisiones internas y derivaciones ideológicas que lo han fragmentado, así que no es correcto considerarlo como una entidad homogénea, sin embargo, en sus prácticas si existe una continuidad discursiva.

<sup>4</sup> James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, Ed. Era, 2007, p. 113.

fundo decaimiento de la producción agropecuaria y una presión social que no puede ser contenida la creciente migración a las ciudades y a Estados Unidos. Esta vulnerabilidad generalizada de quienes viven del campo pulveriza los avances democráticos, que abren brecha en las ciudades. Frente al hambre generalizada, la emisión del voto, por ejemplo, pierde su autonomía, y lo que es más importante: las comunidades quedan a merced de una elite política que no los nombra, mira o incluye en las decisiones que los afectan.

La modernidad democrática que logra poner en la agenda nacional temas como los derechos humanos, la violencia intrafamiliar, la transparencia en la gestión pública y el derecho a una muerte digna, ha soslayado, históricamente a la mayoría de la población que vive en y del campo. El campo está fuera de los debates políticos de las elites partidistas, excepto por momentos excepcionales. El discurso de resistencia entonces, tiene, entre sus intenciones, poner en marcha estas dinámicas excepcionales que visibilizan la problemática, al tiempo que genera empoderamiento al interior de los grupos insumisos.

De las causas propuestas por Scott como condiciones para mostrar el discurso oculto, claramente podemos señalar que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), los comuneros de Atenco y los guerrilleros del EPR, esgrimen el peligro de subsistencia como el origen de su protestas violentas, un discurso que ha quedado plasmado en las fotografías periodísticas. Este recurso tecnológico de la modernidad fija en el tiempo un fragmento de estas prácticas que son, en sí mismas, discursos de resistencia, aunque claramente llegan a la historia por la mediación de fotógrafos y fotógrafas, pues son quienes seleccionan los encuadres, personajes y símbolos para responder a un mercado informativo. Y en este sentido, las fotografías periodísticas no son los discursos de resistencia, pero nos dan indicios de lo que son estas prácticas de resistencia.

Una búsqueda del discurso de resistencia a través del fotoperiodismo, se hace mejor con la mayor variedad de fotos posibles, para disponer de distintos enfoques personales e institucionales, porque del conjunto podemos hacernos una idea más detallada de lo que fueron las prácticas de resistencia, que observaron quienes sacan el registro fotográfico. Una sola fotografía, nos estaría mostrando más el discurso de el o la fotógrafa, que el del grupo mismo que aparece en ella.

Los actos de rebelión abierta plasmados en el registro fotográfico son el último recurso de un discurso oculto que transcurre en escenarios velados a nuestra vista urbana y que sería difícil encontrar, si es que los propios participantes no lo cuentan o fotografían. Pero aquí es interesante señalar que siendo el discurso oculto una práctica común, recurrente y creativa, generadora de cuentos, chistes, corridos y rituales, también crea un cuerpo iconográfico que lo acompaña.

Por la naturaleza del riesgo que el discurso oculto ofrece frente al poderoso, el discurso de resistencia ha creado máscaras que velan la identidad, anónimos que ocultan, pero amenazan, vestimentas ambiguas, como las de los carnavales, símbolos duales, que pueden ser leídos de distintas maneras por los subordinados y por los poderosos, y eso es lo que nos permite ver la ventana del fotoperiodismo. La fotografía congela un instante de una práctica mayor, con sus signos y máscaras, colores y expresiones corporales, que otros discursos no pueden retener a detalle.

Las prácticas, cuyos fragmentos observamos en las fotografías, también presuponen un conocimiento del discurso periodístico por parte de los grupos rebeldes, así como una dimensión del impacto mediático en el entramado político. Los grupos que los generan han asimilado las reglas de su producción para usarlas a favor de la difusión de sus propuestas<sup>5</sup>. De los tres ejemplos que analizaremos aquí, sin duda el más claro en este sentido es el uso que dio el EZLN a los medios de comunicación nacionales e internacionales, y no es tan aventurado decir que hay un aprendizaje de sus prácticas de discurso-diseñado para los medios- por parte del EPR y de los comuneros de Atenco, aunque es importante destacar que estos últimos tienen una mayor disponibilidad de recursos modernos para la construcción de su discurso, debido a su presencia pública abierta y a su mayor comprensión de la modernidad, por su proximidad al área metropolitana de la ciudad de México. Todos estos movimientos de resistencia han aprendido, en distintas medidas, a usar las reglas de los mercados informativos de la prensa, la radio y la televisión, para impactar a la opinión pública, y hacen uso político de éstos.

## **FOTÓGRAFAS Y FOTÓGRAFOS DE PRENSA**

Para situar el universo de enunciación desde el cual se toman las fotografías a las que nos referiremos es necesario establecer prácticas y discursos innovadores del fotoperiodismo que se desarrollan en la década de los 80 y que tendrán una amplia difusión en las décadas posteriores, y así acercarnos a los sentidos con los que se tomaron dichas fotografías.

El primer punto a considerar es el hecho de que desde los años 70 en la prensa mexicana se inicia un lento, pero persistente, relevo generacional, que se establece como tendencia sólida hacia el la última década del siglo XX. Si se les da seguimiento a las trayectorias profesionales de quienes hacen fotoperiodismo desde la revolución y hasta los 70, podemos decir que eran hombres, y algunas mujeres que lo aprendían como oficio de otros fotógrafos, pero sin necesitar mayor preparación académica. A partir de finales de los 70, poco a poco empiezan a entrar en los periódicos egresados de las universidades, que habían pasado por una formación humanística fuerte, aunque

---

<sup>5</sup> Geneveva Flores Quintero, *La seducción de Marcos a la prensa. Versiones sobre el levantamiento zapatista*, México, Ed. Tecnológico de Monterrey Campus Estado de México/ Miguel Ángel Porrúa, 2004, p. 103-121.

tenían una cierta deficiencia técnica, en la que los superaban los fotógrafos empíricos. Las y los nuevos fotógrafos comenzaron como novatos recorriendo el mismo camino de los aprendices de antaño, para los aspectos técnicos y algunos del oficio, sin embargo, pronto pudieron desarrollar propuestas fotográficas nutridas de su formación universitaria.

El segundo aspecto a considerar en el universo del fotoperiodismo en la ciudad de México es el impacto de una de las revoluciones silenciosas de las que habla Eric Hobsbawm<sup>6</sup>: aparecen por primera vez, como actrices fuertes del periodismo mexicano, las fotógrafas de prensa en coberturas inusuales y en puestos de decisión. Los casos emblemáticos de Christa Cowrie, jefa de fotografía y de Martha Zarak, enviada de guerra a Nicaragua, en el periódico *unomásuno* de finales de los 70, anuncian un universo que se había de transformar radicalmente en las dos décadas siguientes, especialmente en los diarios que nacieron en el último cuarto del siglo XX.

El tercer aspecto a considerar, para sólo hablar de los más destacados, es la revolución del discurso del fotoperiodismo que inició la comunidad de fotógrafos y fotógrafas del periódico *unomásuno*, en una tendencia fundacional ampliamente reconocida dentro del periodismo mexicano, basada en el abandono de los estereotipos de la “foto de presidium”, enfocada a reproducir las prácticas del Estado Mexicano y reproductoras —y en esa función reforzadoras— del orden autoritario de la política y la sociedad que propiciaba el gobierno del partido único, el PRI. La segunda mitad del siglo XX nos muestra un periodismo laudatorio y centrado en la información de las elites políticas y económicas, y en donde “el pueblo” forma parte de las masas, organizadas corporativamente en centrales campesinas o sindicatos obreros “oficiales”<sup>7</sup>, y en los que la disidencia es severamente sancionada. Pero en el último cuarto del siglo hubo un cambio general en este enfoque a partir de la dirección de Julio Scherer García en el viejo *Excélsior*, lo que renovó el discurso del periodismo escrito, pero no alcanzó al fotográfico. Este cambio de sentido no se consolida en las páginas de *Excélsior*, pues el grupo es expulsado del periódico, con la directa intervención del presidente Luis Echeverría. Pero al perder, ganaron, porque pueden fundar dos medios: el periódico *unomásuno* y el semanario *Proceso*, donde dan continuidad a un periodismo más distanciado del Estado. De los dos, el más favorecedor en términos de experimentación en fotoperiodismo y de mayor trascendencia fue el *unomásuno*.

Las condiciones que reunió el *unomásuno* como centro de experimentación del fotoperiodismo son interesantes. Fotógrafos empíricos como Aarón Sánchez o Pedro Valtierra, junto con jóvenes fotógrafos y fotógrafas de una formación más académica

<sup>6</sup> Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Ed. Crítica, 1998, p. 312.

<sup>7</sup> Se podría destacar, como una excepción, los primeros años del periódico *El Día* que ensayó un discurso combativo, que perdió cuando su fundador Enrique Ramírez pasó a formar parte del PRI.

como las citadas Cowrie, Zarak, en un ambiente de apertura y de este modo fueron los primeros en sacar de la pose a los funcionarios públicos, al retratarlos en momentos cotidianos: tomando café, durmiendo en las curules y en toda una colección de momentos informales que antes no eran conocidos por el público amplio y con lo que los bajaron de los templetes, inauguraciones o informes presidenciales. Fue un discurso poderoso que ganó su lugar en el mercado informativo. También, y dentro de una tendencia general del *unomásuno*, las y los fotógrafos enfocan a otro tipo de sujetos de la historia: los sindicatos independientes, el movimiento urbano-popular, y a los pueblos de las sierras y desiertos, así como a los movimientos campesinos<sup>8</sup>. Los que habían sido elites de trajes y guayaberas, comienzan a verse junto con las vestimentas tradicionales y frecuentemente miserables de los campesinos, o al lado de los habitantes de los barrios de las ciudades en un tratamiento que, si bien, mantenía una jerarquía vertical, comenzaba a subvertir el orden periodístico de lo que se publicaba y lo que no. Las primeras planas del *unomásuno* comenzaron a incluir imágenes de grupos subalternos con un sentido de denuncia.

Luego de una crisis interna por la propiedad y enfoque ideológico del periódico *unomásuno*, una muy buena parte de las y los jóvenes fotógrafos y periodistas, la mayoría con formación universitaria, fundaron *La Jornada*, y desde el primer número reivindicaron esta herencia colectiva. Por su parte quienes se quedaron en el *unomásuno* no sólo no renunciaron a ella sino que intensificaron su tendencia, lo que dio como resultado un enraizamiento de esta propuesta de fotoperiodismo de fin de siglo. Para cuando el EZLN muestra su rostro había casi dos décadas de tradición de fotoperiodismo sensible a las causas populares.

### **PALIACATES, PASAMONTAÑAS Y GUERRERAS**

Si tuviéramos que enlistar los símbolos distintivos de las imágenes retenidas en la fotografía de prensa del EZLN, podríamos situar en un primer plano la imagen misma del subcomandante Marcos, con su pasamontañas desteñido, su gorra con estrellitas de plástico, sus dos relojes y su desgarrado paliacate sobre un pecho cruzado por cananas. Pero en planos mayores podríamos ver a personas de rostros velados -hombres y mujeres- tras pasamontañas o embozados con paliacates, y portando uniformes de manufactura muy variada. Las botas, por ejemplo, pueden ser aquellas que se usan en el ejército o en las plataformas petroleras, o bien las tradicionales de “lechero” que inhiben los efectos de trabajos húmedos o permiten caminar en los lodazales de la sierra.

---

<sup>8</sup> Es de destacarse que hubo un importante grupo de periodistas militantes de izquierda que llegaron a puestos de decisión en el *unomásuno* y que propiciaron y destacaron esta tendencia en lo publicado.

Para la mirada citadina, discriminadora y racista, el pasamontañas o paliacate tiene sentido en el subcomandante Marcos o en el rostro de los comandantes. Pero se podrían formular preguntas y dar respuestas respecto a su uso por el “pueblo” raso, los milicianos y milicianas: ¿para qué oculta su rostro? Los periódicos no se leen en la selva o ¿quién va a encontrarlos dónde están?

Ambas preguntas sitúan a hombres y mujeres de la milicia y la guerrilla del EZLN en un lugar específico dentro del imaginario social: viven aislados en la selva y son analfabetos y por lo tanto separados de las prácticas políticas que transcurren en una tradición escriturística, y en un lugar tan lejano que es ajeno al yo occidental mexicano.

Hace más de 500 años, en efecto, sus ancestros —como los de todos los pueblos indígenas— eligieron el aislamiento de las montañas del sureste, para resistir a la implantación de formas de organizar la vida, la economía y las creencias que los colocaban en una relación de inferioridad frente a los hablantes de la lengua castellana, dotados de una tecnología de guerra que los superaba. Así se fueron de los valles a las montañas más escondidas, y a pesar de la precariedad de la vida en ese aislamiento, lograron sobrevivir más de 500 años. La identidad mexicana reivindica al indio muerto, incluso en los discursos cercanos al científico, como el de los libros de texto, donde durante muchos años se habló del colapso maya, del despoblamiento de la selva y los Altos de Chiapas, como si la población hubiera muerto. En ese imaginario la selva estaba vacía. No había censos, no había organizaciones campesinas. En los hechos, los descendientes de los mayas compartían la existencia anónima de animales y plantas de la selva, excepto para la Iglesia católica. Fue tal el efecto de esta intencional pérdida de visión, que el decreto presidencial de la Reserva de los Montes Azules atribuyó el patrimonio de una gran área selvática a los lacandones, el grupo menos numeroso de todos.

Pero ni la selva ni las montañas estaban vacías, eran trabajadas en agricultura de subsistencia por pueblos nuevos, fundados por peones acasillados, expulsados desde los 40 de las fincas de los Altos de Chiapas, por mestizos blancos o morenos, quienes se hicieron ganaderos o cafetaleros, por la misma época e implantaron un tejido de relaciones brutales basadas en el capitalismo. Los pueblos indígenas de las selvas nunca estuvieron tan aislados como para escapar de las elites agrarias que los explotaban, humillaban y usaban la ley y las armas para reprimirlos, en contra de las cuales generaron discursos ocultos, discursos de resistencia.

Esa es la razón del paliacate o del pasamontañas, en las sociedades en resistencia, la estructura de opresión es tan fuerte, que el anonimato es un elemento indispensable: los ingleses cubrieron sus rostros de tizne para los motines de Rebeca o los del capitán Swing; los desnudos de la guerra chichimeca atacaban a los españoles mineros con los rostros y cuerpos pintados; aún un acto de regulación simbólica, como un carnaval, tiene su componente importante de máscaras.

Por otra parte los uniformes y las armas tienen una dimensión discursiva más allá de la amenaza militar propiamente dicha —de hecho los enfrentamientos directos han sido pocos en estos años-, ya que dicen de frente a los blancos “no estamos muertos. Estamos -sin lugar a equívocos- en contra suya”. No hay eufemismo, hay evidencia de la confrontación.

En un nivel de subversión en muchos sentidos aparecen las guerrilleras, no en un lugar casual, sino en posiciones específicas para ser captadas por las cámaras de fotógrafos y fotógrafas, en momentos estelares del movimiento armado: la toma de San Cristóbal (1 de enero de 1994), la entrega de Absalón Castellanos Domínguez, los diálogos de la catedral (febrero de 1994) y de manera destacada en la Cámara de Diputados (28 de marzo de 2001). Esta práctica de sentido impacta en múltiples ámbitos: por ejemplo en las propias comunidades, profundamente autoritarias, en las que los roles tradicionales sometían a las mujeres al fogón, el trabajo en el campo y a la crianza de los hijos, mientras que en su nuevo rol de guerrilleras podían ejercer mando, castigar, amenazar, opinar, definir estrategias, tomar una plaza. Y en un sentido político la presencia de las mujeres convocó en torno al movimiento zapatista la simpatía del feminismo y del movimiento amplio de mujeres que se reconocieron en las guerreras.

### **MACHETES Y CABALLEROS DE GUADALUPE**

Atenco, es un municipio situado en el vaso del ex lago de Texcoco. En la época precolumbina estaba en las riberas del lago salobre de Texcoco, pero distintas obras hidráulicas en la cuenca del Valle de México realizadas a lo largo de la historia retiraron sus aguas muchos kilómetros hasta los ríos y canales de la zona, y a la laguna de regulación Nabor Carrillo. Lo que Atenco tiene, son grandes planicies poco productivas ya que los depósitos de sales llegan a hacer imposible la agricultura, pero no las actividades ganaderas o la recolección de un tipo de sal, especialmente apreciada para un guisado tradicional mexicano conocido como carnitas.

Estos llanos fueron el inicio del conflicto, porque ofrecían la posibilidad de construir un nuevo aeropuerto en la zona metropolitana de la ciudad de México ante la ineficacia del actual, saturado en pistas y salas de abordaje. El sexenio de Vicente Fox, presidente de extracción panista, estaba empezando y su discurso apelaba a la modernización; acorde a esto imaginó que la construcción del nuevo aeropuerto sería la obra con la que se recordaría su gestión, así que en el 2001 las autoridades comenzaron la planeación sobre las tierras que no les pertenecían y que ofrecían a muy bajo costo. La expropiación de hecho excluyó a los comuneros del proyecto. Había otro emplazamiento posible para el aeropuerto, en el municipio de Tizayuca al norte del Estado de México, pero el de Atenco -llamado Texcoco- era más cercano a las actuales instalaciones.

El conflicto de Atenco se entiende en varios momentos importantes de su protesta: aparecen en los medios de comunicación hacia octubre de 2001, durante el 2002 con exitosas protestas en carreteras, en el actual aeropuerto capitalino y en el centro de la ciudad de México. Si bien las protestas logran frenar el proyecto de construcción en sus terrenos también ocasionan la brutal represión del Estado Mexicano a la movilización social, que tiene su expresión última en la muerte de simpatizantes y en el encarcelamiento de sus dirigentes, derivados de un conflicto aparentemente restringido, como lo fue la disputa por unos puestos de flores en el mercado de Texcoco.

La cercanía geográfica de esta comunidad campesina con el Distrito Federal fue determinante para el tipo de protesta que vemos en las fotografías de la prensa capitalina. Las fotos captan muy pocas mujeres y ningún indígena, prácticamente todos los actores de los bloqueos carreteros, la marcha al zócalo capitalino y la frustrada toma de las instalaciones del aeropuerto de la ciudad de México, los realizan varones mestizos, en ropas enteramente occidentales -aunque rurales- y sin rostros velados. Pero hay dos signos interesantes que caracterizan al movimiento y quedaron registrados en las imágenes captadas por fotógrafos y fotógrafas de todas partes: el uso de machetes durante las marchas y la marcha de jinetes con estandartes de la virgen de Guadalupe sobre las principales avenidas del poniente de la ciudad de México.

De estos dos símbolos, el machete fue el elemento más notable, porque la respuesta del Estado lo retomó, aunque eufemísticamente, y también de manera muy rápida, quedó integrado al discurso escrito de los articulistas de la prensa capitalina que reiteradamente preguntaron ¿cómo es posible que un proyecto tan importante como el nuevo aeropuerto fuera detenido por machetes? En otras palabras: simbólicamente se creó una confrontación entre una herramienta de trabajo de campo -que poseen millones de campesinos de todas las regiones de México- y el proyecto totalmente modernizador de un nuevo aeropuerto, que suponía la exclusión típica del neoliberalismo a lo «premoderno».

Para los comuneros de Atenco resultaba muy claro el significado de la expropiación de sus tierras: se construiría un proyecto altamente productivo del que ellos quedarían excluidos. Sus protestas se acompañaron del estribillo “Ni hoteles, ni aviones, la tierra da frijoles”. Los machetes eran una amenaza que evocaba su extracción campesina, pero algo mucho más complejo: la posibilidad de un alzamiento armado en la proximidad de la ciudad de México, y con líneas de conducción a sectores organizados del área urbana: el movimiento urbano popular, las y los universitarios, especialmente los de las universidades públicas y de la Universidad de Chapingo (en Texcoco) así como movimientos políticos radicales como el Frente Francisco Villa y el Movimiento Proletario Independiente, cuyas áreas de influencia están cerca de Atenco. Los machetes no apelan a la iconografía de la guerrilla, apelan a los movimientos amplios, a la revuelta popular,

que se hace con las herramientas del campo. Y en una zona tan poblada y marginal como el oriente de la ciudad de México, puede llegar a ser una amenaza seria.

El segundo símbolo, el jinete con el estandarte de la Virgen de Guadalupe, tiene un sentido histórico. Más allá de ser la imagen de la devoción católica por excelencia en México, es una imagen que evoca la convocatoria a la rebelión, a la guerra para eliminar el yugo extranjero, porque al caminar por las avenidas, no en un desfile charro, sino en una marcha política, los jinetes rememoraron al cura Miguel Hidalgo, quien en 1810 convocó a la revolución de independencia, bajo el amparo de la virgen americana, el emblema por excelencia de los criollos. Hidalgo es el héroe de la historia oficial con el que más se identifica el panismo, por haber sido miembro activo de la Iglesia católica. El propio Fox, rompiendo el protocolo republicano que había acompañado los relevos presidenciales, el día de su toma de posesión fue a escuchar misa al santuario de la virgen de Guadalupe. También es importante el hecho de que los comuneros presentaran a los jinetes, porque el hombre de a caballo, en el ámbito rural, y desde la prohibición colonial de que los indígenas pudieran montar, exhibe una mayor jerarquía en la escala social rural.

El sexenio iba empezando: un gran capital político con el que contaba el entonces presidente Vicente Fox era su prestigio. El hecho de que su discurso lo obligaba al cambio, asimismo le impedía ejercer, más que nadie, la represión directa, porque se esperaba de él un cambio a la página de la historia de México. Cedió a la presión simbólica de los machetes y de los jinetes de la Virgen de Guadalupe.

## **HUMO EN LA SIERRA**

El EPR tiene dos raigambres fundamentales, sus zonas de operación han sido los estados de Guerrero, donde se origina, y Oaxaca, de donde provenían los militantes cuya desaparición propició el atentado del que hablamos. En Guerrero hay un largo antecedente de confrontación entre campesinos y elites que arranca desde el principio del siglo XX con la “revolución” que encabeza el clan Figueroa, cuyo poder se apuntala con los primeros gobiernos de la revolución institucionalizada. El clan no provenía de las comunidades o de los ejidos, no eran de extracción indígena, eran rancheros, tenían tierras, y en el nuevo orden aprovecharon el río revuelto de la Revolución para hacerse del poder. Padres e hijos gobernaron el Estado en la historia reciente, a través de monopolios tan importantes como el de los transportes, pero, muy notablemente, a través de una fuertísima represión a los grupos sociales. El Estado de Guerrero es uno de los Estados donde ha habido movimientos guerrilleros en México<sup>9</sup> mientras que el Estado de Oaxaca ha tenido actividad política disidente como el movimiento

---

<sup>9</sup>Se ligan a estos movimientos los nombres de Lucio Cabañas y Genero Vázquez, quienes de movimientos campesinos como los de la Copra, pasaron a movimientos clandestinos.

magisterial de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación, o populares como la Coordinadora Obrera Campesina del Istmo, y más recientemente la Asamblea Popular del Pueblo Oaxaqueño, integrada mayoritariamente también con maestros y maestras. En el nacimiento del EPR, la región de los Loxica, cercana al enclave turístico de Huatulco, quedó ligada a este movimiento guerrillero, pero luego sus huellas se hacen difusas, como es natural a un movimiento guerrillero.

De los tres movimientos de resistencia que analizamos en este artículo el EPR tiene el rostro más velado que ningún otro, pero al mismo tiempo es la fuerza guerrillera que más daño ha causado con sus actos de protesta y sabotaje. El gaseoducto de la sierra no fue el primer atentado contra las instalaciones de PEMEX, antes ya había afectado instalaciones en el área de Guanajuato, pero esta vez ocasionaron serias pérdidas a industrias de transformación tan importantes como Vitro (productora de envases de vidrio) y la armadora de autos alemana Volkswagen.

Las fotografías del 11 de septiembre de 2007 son muy sencillas en su composición y en la mayoría de ellas sólo aparecen cinco elementos: una gran llamarada de la cual sale una estela de humo negro, una barda de tabicón que rodea el lugar del incendio, una pequeña carretera transitada a veces por camionetas de policías o del ejército mexicano. Como resguardo, aparecen soldados del ejército custodiando el lugar donde explotó el gaseoducto que llevaba combustible a las grandes fábricas del valle de México, y como marco se extiende la verde campiña de la sierra. Algunos de estos elementos desaparecen según la hora o la distancia en que fueron tomadas las fotos. De hecho son poco atractivas periodísticamente, de no ser por el hecho de que son del lugar preciso del atentado.

Estas fotos muestran, al grado máximo, el recurso del anonimato. No hay huella, la reivindicación del atentado no quedó registrada en el lugar, el Gobierno federal no pudo seguir ninguna pista. Se detuvo a antiguos militantes del EPR, pero ninguno ligado directamente al atentado. Fue, en términos estratégicos, una respuesta contundente del grupo guerrillero a la desaparición de dos de sus militantes. Pero a diferencia de los otros ejemplos y en términos mediáticos no tuvo mayor impacto porque los autores no dejaron ningún signo con el cual recordarlos. No hay la construcción de símbolos para el consumo amplio, antes hicieron declaraciones públicas, dieron entrevistas, y ofrecieron comunicados, pero con una convocatoria restringida a la prensa. De hecho su discurso tiene un sentido mucho más ideológico que dialógico. Dan por hecho que el Estado mexicano debe ser atacado y no hubo entonces la mínima intención de tener un intercambio con él. Salen del esquema de negociación que caracteriza a los discursos de resistencia, aunque en abril del 2008 sí intentan iniciarla. Los comuneros de Atenco y los zapatistas sí establecieron negociaciones de algún tipo con el Estado.

Hay otras fotografías del EPR, y en ellas también hay poco que ver: vemos un cuarto iluminado por luz eléctrica, hay alguna bandera en movimiento en las paredes, pero el rostro de los guerrilleros está prácticamente velado, ya que usan pasamontañas de tela oscura elaborados por ellos mismos, donde sólo tienen dos aberturas para los ojos, lo mismo pasa cuando los elaboran a partir de paliacates. El paliacate les cubre totalmente el rostro, no se ve siquiera un fragmento de su pelo. Así que si hay un símbolo que represente al EPR en el fotoperiodismo es el no rostro. El anonimato total.

## CONTRA EL NEOLIBERALISMO

Decíamos al principio que para leer estas rebeliones hay que mirar el espejo de la historia. Tzvetan Todorov analiza la conquista española como un proceso en el que se estableció un conocimiento notable sobre los pueblos mesoamericanos, pero no como aquel que prevé el reconocimiento del otro como sujeto, sino como objeto, que puede ser tomado<sup>10</sup>. Describe también cómo es la relación que se establece a través de las descripciones de Cortés, Sepúlveda y De las Casas a cerca de los indígenas. El fraile defensor de los indios, bajo el criterio de universalidad de los valores del cristianismo, sanciona cuál es la cultura que jerárquicamente dominará a los pueblos españoles. El grado extremo de esta definición del destino del otro es, sin duda, el de los requerimientos, pues sólo hay que imaginar un poco la situación: unos extraños de quienes se ha oído hablar, poseedores de una tecnología de guerra superior a la propia, llegan al territorio que ha sido propio, ambicionando las tierras que soportan la sobrevivencia y no sólo eso sino la fuerza de trabajo de hombres y mujeres en edad de trabajar. En nombre de una instancia suprema se lee un comunicado y a partir de eso las reglas cambian, los trabajos se vuelven infames, la dignidad de la vida se aniquila y todas las personas que conocen quedan a su merced.

Algo muy similar pasa con las comunidades campesinas, indígenas o comunales de México a finales del siglo XX y principios del XXI: en nombre de una instancia superior, en este caso un nuevo modelo económico en el que se extinguen las políticas sociales, se anuncia que las tierras que les pertenecían y sustentaban su vida y la de las siguientes generaciones, pasarán a ser de otros, quienes podrán comprarlas. Hay que distinguir que ésta es una amenaza extrema, ante la cual todos los discursos de resistencia no funcionan. No es posible huir a lo más recóndito de las sierras, selvas o desiertos, fingir que no se entiende el idioma, asumir el estereotipo del indio flojo, o los cientos de mecanismos culturales y sociales con los que los indígenas y campesinos habían enfrentado, casi con éxito, el embate de oleadas de extranjeros y sus nuevos programas. La selva chiapaneca tiene aún recursos forestales y ecológicos que pueden ser explotados, los desiertos tienen yacimientos y las sierras otros recursos estratégicos.

<sup>10</sup> Tzvetan Todorov, *La conquista de América, El problema del otro*, México, Editorial Siglo XXI editores, 2007, p. 143.

Es suficiente con que se intente vender algo para encontrar condiciones tan severas como en las anteriores épocas. Con o sin discursos ideológicos que nutran la resistencia, quienes habitan y viven del campo mexicano están en el extremo de una situación de abandono, que culminó con las políticas neoliberales, que de pronto desean sus tierras salitrosas para un nuevo aeropuerto, o instauran una legislación que anula la protección de venta de las parcelas, las cuales costaron años de trámites para obtener en propiedad colectiva.

Aunque la respuesta al neoliberalismo en muchas partes del mundo desarrollado, particularmente en Europa, por lo común proviene de grupos ambientalistas, de jóvenes que han recibido educación universitaria, de organizaciones no gubernamentales, en México son los grupos de mayor aislamiento, de menor desarrollo quienes han dado la batalla en contra de políticas que pueden ser tan abstractas como la modificación de un artículo constitucional, que anula la prohibición de vender la tierra comunal, o una expropiación por “beneficio público”, que se traducirá en un negocio para grandes empresas. La comprensión de esta dimensión puede provenir de la mediación, en el caso del EZLN del subcomandante Marcos, o por los hijos educados en universidades públicas, en el caso de San Salvador Atenco. En el extremo, un grupo guerrillero de izquierda puede poner en jaque a las grandes empresas, muchas de ellas transnacionales, con el corte del suministro de gas porque el gobierno mexicano, por casi 30 años, ha cerrado las puertas del desarrollo agropecuario, y con ello condenado a la pobreza a millones de campesinos de los Estados más pobres.

En la condición extrema de estos grupos subalternos sólo es posible lo real maravilloso, sólo puede fundarse en una fe, similar a la que hizo hablar a una cruz en la guerra de Castas, o que obedeció a unas piedras parlantes caídas del cielo en una de las rebeliones mayas en los Altos de Chiapas. Son actos que parecen increíbles para una sociedad que aspira a la modernidad.

Lo que el discurso del fotoperiodismo nos muestra, son los actos de insubordinación que vulneran el discurso hegemónico de las elites y que fueron de tal magnitud que no ha podido reestablecer su dominación simbólica. La presión del EZLN y de la sociedad mexicana que aceptó y cobijó su discurso permitió el establecimiento de los diálogos de San Andrés, pero los gobiernos conservadores subsecuentes frenaron la salida el reconocimiento de los otros al negarse a cumplir lo pactado. La detención violenta de los líderes visibles de San Salvador Atenco y de sus simpatizantes, en una serie de actos brutales de la policía, fueron la respuesta, al final de sexenio, de la administración de Vicente Fox, como única vía de reestablecer la hegemonía de las elites conservadoras que creen en el neoliberalismo y lo fortalecen. Es de esperarse que con el tiempo hagan lo propio con el EPR, pero esto no quiere decir que sea el final, pues, en coincidencia con la afirmación de James Scott, creo que todas las relaciones de dominación crean en los grupos oprimidos, discursos y recursos de resistencia, en la proporción con la

que son violentados, humillados y expuestos a situaciones que ponen en peligro su supervivencia.

Hasta ahora, la semilla del fotoperiodismo que fue sembrada en los años 80 ha florecido y acompañado a estos movimientos sociales, con unas propuestas que se rigen por las reglas del mercado periodístico, pero que aún consideran valioso reportar las prácticas de los grupos, que resisten a un nuevo discurso modernizador. Está por verse lo que ocurrirá con el fotoperiodismo, pues reporteras y reporteros forman parte de una sociedad que se acerca cada vez más a la individualización, tendencia que teje sus ramas en la estructura neoliberal, si el seguimiento, hasta cierto punto estereotipado, de estas luchas, acabará por agotar estéticamente su discurso o si encontrará caminos de experimentación y aplicación de nuevas tecnologías, que nos sigan documentando el discurso oculto de la resistencia.

## **BIBLIOGRAFÍA**

JACOBS, Ian, *La Revolución mexicana en Guerrero. Una revuelta de rancharos*, México, Ed. Era, 1990.

FLORESCANO, Enrique, coord., *Mitos mexicanos*, México, Ed. Aguilar, 1995.

MARZO, Jorge Luis, ed., *Fotografía y activismo*, Barcelona, Ed. Gustavo Pili, 2006.